

Amy May

**CARTAS EN  
FUEGOS  
CRUZADOS**

A mi abuelo,

el hombre que me demostró que el amor y la guerra son compatibles, y que siempre debes luchar por lo que crees

# PRÓLOGO

14 de Junio 1933

El taller estaba prácticamente desierto cuando dejé las agujas sobre mi mesa de trabajo. Por fin había acabado el dichoso vestido que una mujer con más dinero y suerte que yo llevaría en una fiesta esa misma noche. Lo coloqué con el mayor de los cuidados sobre uno de los maniqués, temerosa de estropear con un solo roce inapropiado todas esas horas de trabajo que me habían costado esos callos que poblaban mis dedos.

Me estiré despacio como un gato y me estremecí al abandonar mi áspero delantal sobre la silla. Las ayudantes se habían marchados hacía unas pocas horas y desde entonces, nadie se había dignado a avivar las brasas en el hogar. Había mucho trabajo y escaso tiempo que perder. Saqué mi abrigo de la percha en la que pasaba abandonado el día entero y parte de la noche y me arrebujé en él cuando el aire helado de la noche intentó colarse por mi desgastado vestido de algodón.

Caminé con pasos rápidos hasta casa, frotándome las manos una contra la otra, esperando generar algún tipo de calor. Llamé a la desvencijada puerta de madera, y me abracé mientras esperaba a que mis padres abrieran la puerta. Me acogió el ardiente calor de las llamas de la chimenea, que me atrajeron como la luz atraería a un vulgar insecto. Mi madre me ayudó a quitarme el abrigo. En el comedor me esperaban mi padre y mis hermanos Kurt y Amara. Los abracé. Hacía tanto tiempo que no los veía. La mesa estaba llena de comida, una cantidad que no veía en mucho tiempo. Habían gastado de más por ser mí cumpleaños. Lágrimas de felicidad amenazaron mis ojos

La cena transcurrió en risas en su mayoría, salvo por la discusión entre mi padre y mi hermano. Cosas de política. Mi padre no podría comprender que mi hermano apoyara a aquel político demagogo con bigote ridículo. Mi hermana se marchó pronto, y mi padre y mi hermano continuaron con su discusión en el salón, con una copa de whisky en la mano, y unos cigarrillos baratos en la boca.

Tras recoger la mesa, mi madre desapareció en su habitación, para volver instantes después con una cajita de madera en las manos, y una expresión que variaba entre lo nostálgico y lo solemne. Se sentó a mi lado y me cogió las manos. Pude sentir las igual de callosas que las mías. Quizá más.

- Dieciocho años, son tantos- susurró, con la mirada perdida en mi rostro. Sus ojos empiezan a brillar suavemente; se me hace un nudo en la boca del estómago-. Aún recuerdo la primera vez que te cogí en brazos, cuando te dejaron a mi cargo siendo un bebé tan diminuto que podía sostenerte en la palma de mi mano-se seca las lágrimas y empuja la caja hacia mí, abriéndola.

Son cartas. Unas huelen a tabaco y pólvora, otras a algodón y jabón.

- Estas cartas son las que llegamos a salvar. Ya es hora de que conozcas la verdad. La verdad sobre tus padres.

Múnich, 18 de Noviembre, 1914

Mi querida Yvonne,

Te escribo desde el tren, camino a Múnich, donde depositaré esta carta para que te sea enviada. El ambiente en el tren es insoportable. En cada parada, nos invaden las miradas de desconfianza hacia esos desconocidos que suben, que pasaras semanas, incluso meses con nosotros. Que podrían salvarnos la vida. Que podrían morir a nuestro lado. Somos del mismo país, pero no nos fiamos los unos de los otros. Increíble, ¿Verdad? Sobre todo cuando el vagón está construido para veinte hombres, y aquí somos el doble, agolpándonos los unos sobre los otros, oliendo a tabaco, sudor y cerveza.

Las canciones sobre muertes y asesinatos llenan el aire. Los borrachos sueñan con apuñalar ingleses y franceses, desean sentir la sangre correr por sus dedos y ver como la vida se les escapa con cada bocanada de aire. Te mentiría si te dijera que soy inmune a esos sangrientos deseos de muerte y destrucción. Quiero proteger a mi patria, por lo tanto he de acabar con mi enemigo. Pero en mi fuero interno, sé que tu familia habita en Francia, y yo mismo he vivido allí unos años. Gracias a ello te conocí, y por eso siento que se frenan mis impulsos, y me digo que, al fin y al cabo, Alemania no es mi única patria. Soy ciudadano del mundo.

Aquí hay pocos que piensan lo mismo, pero la fortuna ha hecho que encuentre a un hombre que comparte mi opinión y, como pude comprobar gratamente sorprendido, también es un hombre apasionado de la historia y de las letras, como yo. Su nombre es Karl. Karl Wagner. Durante los largos trayectos de tren, que para en cada provincia, por diminuta que sea, para recoger a los soldados, Frank ha amenizado mis viajes hablándome de su trabajo de historiador, y de su familia. Cuando yo le correspondí, descubrimos que vivimos a apenas unos barrios de distancia, en Berlín. Su esposa le espera en casa, junto con sus dos hijos, y me pide que le transmitas un mensaje a su mujer.

Yvonne, cada noche en la que apenas puedo dormir, me mata la preocupación. El invierno es frío y no estoy convencido de haber dejado lo necesario para que estés totalmente a salvo de los soplos de viento helados y de las frías noches cada vez más tempranas. Si necesitas dinero vende algunas de mis enciclopedias, en Berlín hay muchos coleccionistas dispuestos a pagar un buen precio por ellas, y sé que aseguraran tu seguridad durante el tiempo que estoy fuera. Y no solo la tuya, sino de Frau Müller, nuestra anciana vecina. Asegúrate de que tiene todo lo que necesita, por favor, mi dulce Yvonne.

Te escribiré lo más pronto posible, en cuanto llegemos a nuestro verdadero destino.

Con Amor,

Hans

Berlín, 3 de Diciembre, 1914

Mi Hans,

Al recibir tu carta, pensé que el corazón iba a salir de mi pecho. La he leído y releído tantas veces que podría recitarla palabra a palabra. Saber que has encontrado a alguien tan parecido a ti, que podrá protegerte y ayudarte hace que se disipe un poco la niebla de preocupación que me envuelve cada vez que pienso en ti.

Oh Hans, te echo tanto de menos. La casa está tan vacía sin ti. Ya no se oye el susurro de las páginas de los libros, y en la biblioteca apenas huele ya a tabaco y tinta, esa mezcla de olores que envolvía la habitación cada vez que te ponías a trabajar y que era tan característico de ti. Y no soy la única que nota tu ausencia. Desde que siento mi soledad, Frau Müller me invita todas las tardes a su casa, donde charlamos durante horas delante de la chimenea. Creo que su propósito es distraernos ambas, olvidar la preocupación y el miedo por ti durante unas pocas horas. No solemos conseguirlo.

Cariño, no te preocupes por nosotras. No nos falta de nada, y ni por asomo venderemos tus preciados libros. Son toda tu vida. Venderlos es una tontería; en eso Frau Müller y yo estamos de acuerdo. La familia Rochstein, que vive al final de la calle, tiene dos hijas preciosas, que ya son lo suficientemente mayores como para recibir lecciones de danza y música. Con el dinero de las clases podré mantenerme a mí y a nuestra vecina; sabes que yo no necesito mucho para vivir.

Como me pediste, he ido a visitar a Eva, la esposa de tu amigo. En cuanto deposité el pequeño sobre marrón sobre sus delicadas manos, saltó a mi cuello, abrazándome, mientras lloraba de alegría. Es una mujer muy fuerte; sacar adelante dos hijos sola no debe ser fácil. Los niños son adorables. El mayor se comporta como un verdadero caballero, a pesar de que apenas tiene siete años, y trenzar los rubios cabellos de la más pequeña es una delicia.

En parte, debes agradecerle a Eva que te escriba esta carta. Fue ella la que me explicó que solo debo llevar la carta a la mensajería del ejército y ellos se encargaran de encontrarte y enviar tu carta, junto con las del resto de tus compañeros. Me he deshecho en agradecimientos; poder comunicarme contigo en estos tiempos es una bendición. Como lo es comunicarme con mi familia, en Francia

Las cartas que recibo de ellos, son como poco escasas, aún más desde que estalló la guerra y las cartas se pierden cada vez más en el camino. Aunque dudo que esa sea la razón de su silencio. Mis padres nunca han aprobado que me marchara de Francia, como bien sabes, y mi hermano escribe cuando encuentra unos minutos de su tiempo, que reparte entre el trabajo y la familia.

Pero tú solo preocúpate de ti mismo y de tu amigo, concéntrate en volver vivo por favor, amor mío. Del resto puedo ocuparme yo.

Tu Yvonne

Luxemburgo, 28 de Diciembre, 1914

Mi dulce Yvonne,

Te escribo desde la enfermería. Tras la operación anterior nos enviaron a Luxemburgo, para recuperarnos. Yo solo tengo unos rasguños, pero Karl está herido. Me salvó la vida. Lleva varios días encamado e inconsciente, aunque los médicos dicen que se recuperará, y lo mandaran a casa, para que termine de recuperarse. Estará de vuelta a principios del año, enero o febrero quizás. Es un hombre con suerte.

Aquí todo es blanco. La nieve cae sin descanso cubriendo el suelo de una capa de un blanco grisáceo, a juego con el juego y con el humor de todos. Seguimos en Luxemburgo, aunque me trasladarán pronto junto a mi compañía. El destino es aún desconocido. El frío se cuela por debajo de nuestras ropas y mantas, helándonos hasta los huesos. Me imagino que en Berlín el frío es similar. Como me gustaría estar allí, a tu lado, para abrazarte y calentarnos juntos. Especialmente en estas fechas. La Navidad es una fecha tan importante para nosotros... ¿Verdad Yvonne? Era Navidad, el día que nos conocimos patinando sobre aquel lago helado del parque, en París. Caí sobre ti y me quedé prendado. Desde entonces, nunca hemos pasado una Navidad alejados. Hasta ahora.

Te alegrará saber, que se ha declarado una tregua no oficial. Cantamos villancicos y decoramos nuestras trincheras. El ambiente no es muy alegre, pero nos hace inmensamente feliz dejar de escuchar disparos y gritos de dolor por unos días. A pesar de todo, esta felicidad contrasta con las lágrimas de tristeza que derramamos por nuestros hermanos caídos, a los que enterramos ayer. Son hombres como yo, con mujer, y tal vez incluso hijos, como Karl, y no dejo de pensar en esas pobre viudas. ¿Qué les sucederá, ahora que están solas en el mundo? ¿Qué te sucederá a ti, Yvonne, si no salgo con vida de aquí?

Por supuesto tú eres una mujer fuerte e inteligente, sé que puedes salir adelante sin mí, sin cualquiera incluso, como ya me has demostrado, aceptando dar clases a esos niños. Odio saber que debes trabajar, sabiendo que te prometí que yo cuidaría de ti, en todo momento. En parte, me consume por dentro. Aunque consigo apaciguarme pensando que has sido capaz de encontrar un trabajo en lo que adoras: los niños y la música.

En sus cartas, Eva habla maravillas de ti, sobre tu encanto, tu amabilidad y tu coraje en estos tiempos. Por lo visto, no soy el único al que has conquistado.

No puedo evitar preocuparme por ti, pues eres mi razón para seguir vivo. Necesito saber que estás bien, que cuando vuelva estarás ahí. Porque volveré. Y necesito que no te falte de nada para poder tenerte a mi lado cuando eso ocurra.

Con todo mi amor,

Tú Hans

Berlín, 6 de Marzo, 1915

Mi querido Hans,

Tus cartas llegan cada vez con más dificultad, y aquí en Berlín suceden demasiadas cosas en tan poco tiempo... Desde que Karl ha vuelto a casa, Eva ha dejado todo de lado para cuidar de él. Gracias a la pensión militar consiguen salir adelante una vez más. Ojalá tengas la misma suerte. Quiero que vuelvas a mi lado, a abrazarme y prometerme que no te volverás a marchar jamás.

Las clases de danza y música van bien. Las niñas son adorables. Se esfuerzan al máximo a pesar de su corta edad. Son increíbles. El dinero que gano es suficiente para mí, tengo todo lo que necesito, y cuando sobra algo de dinero lo utilizo para hacer algún regalo a los hijos de Eva y Karl. Ya sabes que los niños son mi punto débil. Cada vez paso más horas en casa de los Wagner. Más de una vez he pasado la noche allí, invitada por la preocupación de ambos.

Tengo que decirte algo Hans. He dudado mucho, pues allá donde estás no necesitas ninguna pésima noticia que entristezca aún más tu corazón. Karl me ha recordado lo fuerte que eres y que debes saberlo. Cuanto antes te lo diga, dice, antes podrás superar el dolor. Lamento anunciarte, querido mío, que la enfermedad de nuestra anciana vecina ha sido más fuerte que ella, y que aunque no sobrevivió, estuvo luchando hasta el final. Sé que esta es una de las peores noticias que te podrían anunciar, pues Frau Müller era como una madre para ti. No sabes cómo siento que haya ocurrido. Con la ayuda de Eva y Frank, le hemos organizado un pequeño funeral. Sus hijos no se han dignado a aparecer. A pesar de la tirante relación que tenían, es inconcebible no asistir a honrar la muerte de una madre.

Aunque aquella no es la única relación tensa entre familiares de la que oirás hablar. Mis padres me han escrito. Su carta es tajante. O vuelvo a casa con ellos o a sus ojos dejaré de ser francesas para ser una burda enemiga de su patria. Nunca aprobaron que te siguiera a Alemania, y aunque contaba con el tiempo para hacerles cambiar de opinión, veo que ha sido inútil. Pero no temas, por nada del mundo renunciaré a ti, y mucho menos voy a abandonarte. Ahora más que nunca me necesitas y yo te necesito a ti.

Pues a pesar de que en esta carta todo, o casi todo, lo dicho conlleva una gran tristeza, voy a darte un motivo de alegría allá en las trincheras. ¿Crees que sacarte una sonrisa en ese horrible lugar es tan difícil? O lo será en cuanto sepas que... Estoy embarazada.

Lo sospechaba, pero desde que mi vientre engordó, no ha quedado duda alguna. Estoy embarazada. Oh Hans, estoy tan feliz. Hacía tanto tiempo que buscábamos esto. He llorado de alegría cuando los médicos lo han confirmado. Espero que sea una niña. Estoy impaciente, cinco meses me parecen demasiados para ver a mi pequeño bebé.

Te estaremos esperando, Hans. Hasta que vuelvas.

Tu Yvonne

Vosgos, 3 de Mayo, 1915

Mi adorada Yvonne,

Lamento estos meses que he estado sin escribirte. Los han pasado trasladándonos de un lado para otro. Se supone que es para que no languidezcamos en un mismo lugar. Para que a cada nuevo destino lleguemos con renovadas fuerzas. Los más veteranos lo desmienten y anuncian que es para que no confraternicemos con el enemigo y nos sea más fácil asesinarlos. Como si el hecho de no conocerlos evitase los remordimientos. Y la guerra no de tregua.

He pasado los días siguientes a tu carta derramando lágrimas. La muerte de Frau Müller ha sido un duro golpe. Ha sido más que una madre para mí. Ha sido una amiga y compañera, ayudándome en los momentos más duros de mi vida, antes de mudarme a París, y tras volver a Alemania contigo. Siempre ha sido un apoyo para mí y para ti, y le estaré eternamente agradecido. Me entristece aún más no haber podido asistir a su funeral, y despedirme de ella como es debido. Espero que ahora esté en un lugar mejor.

La otra razón de las lágrimas ya la conoces. Un hijo. Vamos a tener un hijo. No puedo creerlo. Cada vez que lo pienso la felicidad me llena, y me permito soñar despierto con lo que podría hacer con la que espero, será niña, al igual que deseas tú. Una niña a la que legarle mi amor por los libros, a la que llevar a pasear por los parques. Es la vida de que siempre he deseado. Y vamos a hacerla realidad. Juntos.

No podría haber deseado mejor noticia aquí, salvo la de mi vuelta a casa. Se oyen rumores de un relevo, de nuevos soldados que vendrían a ocupar nuestros puestos, pero no son más que promesas rotas. Quiero salir de este infierno Yvonne. La locura empieza a adueñarse de las trincheras y de los soldados. Hace apenas unos días, un soldado de otra compañía se disparó para conseguir volver a casa, disfrazándolo de disparo enemigo. Cuando descubrieron su mentira lo mataron por desertor. Al igual que aquellos que se han rebelado. La muerte llega de todas partes. De tus enemigos como de tus aliados. Cada noche me pregunto si volveré a despertar, si no me matará mi compañero mientras duermo. Lo sé, me he vuelto paranoico. Debo hacer grandes esfuerzos para dominarme y no dejarme arrastrar a la locura. Tú eres mi ancla. Tú y la criatura que llevan en tu interior.

No dejo de pensar en ti en nuestro pequeño apartamento, sola y embarazada. ¿Qué ocurrirá si necesitas algo y no hay nadie allí para poder ayudarte? Y de nuevo me siento culpable. Es culpa mía, porque no estar contigo. Te he fallado. En estos momentos en los que me necesitas como nunca, por tus padres, por nuestro bebé, no estoy a tu lado. Y saber que te podría ocurrir algo por mi ausencia me aterra más que pensar que puedo morir de un segundo a otro. Por lo menos, sé que puedo contar con los Wagner.

Te quiere,

Hans

Berlín, 16 de Junio, 1915

Mi Hans,

He estado tan asustada. Cada vez hay más y más problemas para recibir el correo. Los transportes son atacados, los caminos cerrados, los puentes destruidos y los túneles derrumbados. Realmente pensé que algo te había ocurrido, que tu silencio era sinónimo de pérdida. Pensé que no volvería a verte. De hecho, ese miedo no me ha abandonado desde que te vi aquel día, corriendo hacia mí, con el rostro agitado y llevando en tu mano aquella hoja con una enorme bandera, que te obligaba a marcharte lejos de mí, a la guerra.

Estas últimas semanas, me he mudado a casa de los Wagner. Ellos me han obligado. Su casa ya de por sí pequeña lo era aún más conmigo dentro. Con el embarazo perdí mi grácil figura de bailarina. Mi vientre se había vuelto enorme, mis movimientos mucho más lentos y costosos. Eva se empeñaba en mantenerme sentada en el sofá frente al fuego, sin permitirme ayudarla en ninguna tarea del hogar, ni las más simples, como doblar la ropa lavada e incluso remover el fuego. Por mucho que le explicase que estaba embarazada no herida, ella no atendía a razones. Y de la misma forma tiene a Karl, en cama aún por su herida. Esta mujer rebosa autoridad por cada poro de su piel.

Te escribo estas líneas desde la cama y con mucho esfuerzo. La pequeña Amara me ha prestado su habitación para que me recupere, pues hace dos días, di a luz a nuestro bebé. Tus deseos se han hecho realidad cariño. Es una niña preciosa, con tus enormes ojos marrones y tu nariz respingona. Es tan pequeña... Sus manos son diminutas y apenas tienen la fuerza de sostener nada, ni siquiera de agarrar mi dedo. Duerme a mi lado todas las noches. Es un pequeño ángel venido de los Cielos, y si está aquí hoy, es también gracias a ti. De modo que no vuelvas a decirme que me has fallado. Pues me has hecho el mejor regalo del mundo. Sin ti, la pequeña Erika no estaría ahora acurrucada contra mi pecho, su pequeño corazón latiendo contra mí.

Los niños de Eva están entusiasmados. Entran silenciosos a la habitación a ver a la niña, a veces le acarician suavemente la cabeza. Yo les dejo hacer, consciente de que Erika es un objeto de admiración, mientras que a Eva le disgusta un poco que, según ella, vengan a

molestarme mientras descanso e intenten jugar con un pequeño ser tan frágil que toman por un juguete. Es un punto de vista diferente, pero quizá ella tenga razón, al fin y al cabo ella es madre. Tengo, que digo, tenemos tantas cosas que aprender para ocuparnos de nuestra niña. Tengo que aprender a entenderla, a saber si tiene frío, hambre, miedo.

En cuanto sea capaz de levantarme, intentaré retomar las lecciones de piano de la más joven de las Rochstein, ahora somos dos bocas más que alimentar y el dinero es necesario. Aquí también se oyen rumores de un relevo, y espero realmente que sean ciertos. Quiero tenerte a mi lado ya. Erika necesita conocer a su padre.

Te quiero y necesito,

Yvonne

20 de Agosto 1915

Yvonne,

En boca de todos es la muerte la que se lleva a nuestros compañeros. Pero no es así. Son las vidas. Las vidas como yo que aprietan el gatillo y acaban quien esté enfrente. Sin compasión. A mí alrededor desaparece gente. Los afortunados vuelven a casa. A los demás se les cruza una vida con un arma.

En este infierno el tiempo se alarga interminablemente. Parece que lleve siglos aquí, en las trincheras, enterrado bajo este barro sucio. La gente se vuelve desconocida a mí alrededor, van y vienen, y solo unos pocos veteranos quedamos aquí, resistiendo. Deseando volver a casa. Frustrados y enfadados porque no nos lo permiten.

Yvonne, tengo algo que confesarte. Tengo las manos manchadas de sangre. Y cada vez que cierro los ojos veo a un soldado que tuvo tiempo de mirarme antes de que la bala de mi fusil destrozara su pecho. Veo su rostro suplicante impreso en mis párpados cerrados. Veo una y otra vez su arma a centímetros de su cuerpo, fuera de su alcance. No podría haberme disparado. Lo maté a sangre fría. He mentido. Mis manos no están teñidas de sangre. La sangre chorrea de mis manos como una cascada. No soy más que un asesino.

Muchos me preguntan como he sobrevivido. Esperan que les diga que mi amor por ti, la esperanza, me mantienen vivo. Pero lo que no sabes es que yo ya estoy muerto. Porque esa es la única forma de sobrevivir aquí, y lo he aprendido con el sonido de cada disparo, de cada detonación. Desde el inicio de la guerra, somos cadáveres.

Yvonne, no consigo imaginar las noches futuras en las que dormimos juntos acurrucados junto a nuestra hija sin que las pesadillas me asalten una y otra vez. En mi mente, cada ruido, cada soplo de aire o cada movimiento brusco hacen que me sobresalte, que me despierte con el cuerpo cubierto de sudores fríos, temblando y aterrado. Y eso todas las noches. Sé que si vuelvo a casa, me llevaré conmigo el olor a

muerte y el miedo. No podría mirarte a los ojos sin ver el amor que siempre he visto. Pero ese amor va dirigido a otro hombre. Un hombre inocente que solo amaba las letras y a su familia. El problema es que yo ya no soy ese hombre.

He tomado una decisión Yvonne. La más difícil de toda mi vida. He decidido que no voy a volver. Prefiero que me recuerdes como el hombre que era antes. Que le cuentes a nuestra hija quien era antes de que esta guerra me cambiara. No quiero que veas en qué me he convertido.

Te amo, Yvonne, y te amaré hasta que mis días se acaben. Incluso después. Por favor, nunca lo olvides.

Por siempre tuyo,

Hans

## EPÍLOGO

1 de Septiembre, 1939

La cálida brisa que acompaña al atardecer sacudió mis cabellos suavemente, mientras me envolvía el suave perfume de las flores, que se iban marchitando poco a poco. El otoño se iba acercando a pasos furtivos, robándole el reino a un verano que se apagaba poco a poco. Me arrebujé suavemente en la fina manta que había traído conmigo del salón al pequeño y acogedor porche de la casa, mientras sostenía la pequeña carta que el aire se empeñaba en agitar de un lado a otro. A penas hacía una semana que me había mudado que mi hermana ya me escribía. Siempre había sido así entre nosotras, siempre dependientes la una de la otra.

Las cartas siempre habían marcado mi vida. Incluso desde antes de nacer. Conocer la verdadera historia de mis padres me había sacado un enorme peso de encima, que no sabía que cargaba desde pequeña y que me arrastraba, volviéndome ligera y liviana. Desde que fui capaz de pensar y supe que los Wagner no eran mi verdadera familia, siempre me preguntaba por qué mis padres habrían de abandonarme. Quizás no me querían. Y ese pensamiento me devoraba por dentro, me hacía infeliz.

Ahora sabía la verdad. Mi madre dejó a cargo de Eva y Karl porque intentó salvar a mi padre. Había perdido toda esperanza y ganas de vivir, de luchar. Mi madre se enroló como enfermera solo para encontrarlo y traerlo a casa. Ninguno de los dos volvió. Todavía me gusta pensar que, a pesar de todo, ahora están juntos, donde quiera que se encuentren, y pueden verme. Y me quieren tanto como mi madre afirmaba que lo hacía en sus cartas. Y yo los quiero. Y me siento orgullosa del coraje de mi madre, de la lucha que llevó a cabo mi padre consigo mismo, sin importar que perdiera. Los quiero al igual que quiero a Eva y Karl, mis segundos padres.

El agudo canto de un pájaro me arrancó de mis pensamientos y volqué de nuevo mi atención en la carta que sostenía. Mi hermana me anunciaba que iban a seguir mis pasos y viajar a Francia, conmigo y mi marido Jean, para quedarse una larga temporada, esperando evitar las grandes tensiones que había ahora en Berlín. Sólo mi hermano Kurt se negaba a venir, decía Amara en su carta, pues había tenido un reciente ataque de patriotismo y se indignaba al verme casada con el hombre cuya nación había humillado a la nuestra en aquella Gran Guerra. La ausencia de un hermano que me había apoyado y cuidado desde mi nacimiento se clavaba en mí como pequeñas agujas. Me dolía que renunciara a mí, como los padres de mi madre renunciaron a ella. Anoté mentalmente la fecha de la llegada de mi familia, ahora incompleta, a Bretaña.

-¡Erika!- la voz de Jean me trajo de vuelta al presente y en cuanto lo miré, supe, como lo había sabido mi madre, que nunca olvidaría esa imagen.

Jean corría hacia mí por el sendero del jardín, el rostro agitado en una mezcla de emociones, seriedad, tristeza, determinación. Sujetaba en su mano una hoja de papel sobre la que relucían los colores de la bandera francesa. Sobre sus hombros, una casaca militar decía largo y tendido sobre la historia que estaba condenada a repetirse.